

ANIMALES DE COMPAÑIA

Mardoqueo

El gato llegó a mi vida tres días después de la marcha de Marta. A veces me gusta pensar que es ella que ha vuelto reencarnada en animal. Pero para eso Marta tendría que haber muerto y no es el caso. Ni siquiera para mí, por más que me empeñe en repetírmelo. En esto tampoco soy nada original, eso era uno de los reproches que Marta me dedicaba con frecuencia, me comporto como el típico novio abandonado, llorándola por los rincones, recordándola en cada objeto cotidiano, en la taza del café de la mañana, en la camiseta de publicidad que hace de improvisado pijama por la noche.

El gato que se llama gato, otra muestra de mi falta de originalidad, apareció de pronto en mi ventana acompañado de un maullido lastimero como si quisiera disculparse por haberse ido así, de repente, sin avisar. Aunque lo más probable es que tan solo tuviera hambre. Yo nunca antes había tenido un gato. Así que le abrí una lata de atún en salsa de tomate que olió un instante y luego rechazó con desdén.

Siempre he sido más de perros. Marta era la de los gatos. Durante un tiempo hablamos de tener una mascota pero como en tantas otras cosas, no nos pusimos de acuerdo. Los perros son más fieles, no van a lo suyo como los gatos, argumentaba yo. Pero hay que sacarlos a pasear para que hagan sus necesidades, así lo decía ella, acostumbrada a servirse de eufemismos para evitar llamar a las cosas por su nombre, hacer sus necesidades, necesitar espacio, darnos un tiempo... Los gatos son más independientes, defendía ella, tienen suficiente con una caja con arena. Pero dejan todo perdido de pelos, añadía yo pensando que ese argumento iba a ser el tanto definitivo que me otorgara la victoria. ¿Y te crees que los perros no? Empate y final del partido.

El asunto de los pelos era un tema recurrente. Marta solía dejar una maraña de pelos en el desagüe cada vez que salía de la ducha. Yo era incapaz de entender cómo toda esa mata de cabellos había abandonado su cabeza sin que quedara en ésta una evidencia, una huella, un vacío. Todo lo contrario a mí que con cada lavado, me acercaba más y más al abismo de la alopecia, única herencia

de mi familia.

Pudimos haber comprado uno de esos simpáticos hamster que se pasan el día durmiendo y la noche corriendo sin parar en su ruleta pero no se nos ocurrió. Lo pienso ahora, dándole vueltas, una y otra vez, a lo mismo sin poder dormir como ese roedor que no tuvimos.

Recuerdo cuando nos instalamos en este piso. Marta saltaba de habitación en habitación, canturreando feliz como un alegre pajarillo. También podíamos haber comprado un canario. Pintaremos toda la casa de azul, sentenció. Agradecí que dijera un color que pudiera conocer. Las mujeres hablan de tonalidades que los hombres desconocemos no sé si por falta de interés o porque nuestra visión no está preparada para distinguir tantos matices. En algún sitio leí que los perros ven en blanco y negro. Ese mismo verano nos pusimos a ello. Empezamos por el dormitorio. Dimos una primera capa a la pared dejando claro nuestra falta de pericia con el rodillo. Cuando se seque quedará mejor, coincidimos en engañarnos. El resultado fue una colección de manchas, aquí y allá, más oscuras que el resto. Parecen caras fantasmagóricas, apunté divertido. Las mismas que me juzgan ahora severas aguardando una segunda capa que nunca llegó.

Como tampoco llegaron los hijos. Marta volvía a casa, un día sí y otro también, hablándome de encuentros con mamás, repetiéndome lo adorables que eran sus bebés. Acuchables, era la palabra que utilizaba. Supongo que había saltado su reloj biológico. El mio lo tenía sin sonido como la alarma del móvil. Más adelante, me excusaba yo antes de pasar a cualquier otro tema. ¿Qué película vas a querer ver esta noche?

El gato se ha apoderado de la casa. Campa a sus anchas. Tan pronto decide tumbarse en el teclado del ordenador mientras escribo como trepa a lo alto de la estantería pero en lugar de instalarse en la balda vacía de Marta, se acomoda entre mis libros, tirando los que le molestan en una suerte de expurgo que ya no me parece tan aleatorio. De noche, se tumba en la cama, siempre en el lado de Marta como un fiel guardián de su recuerdo. No quiero encariñarme mucho porque sé como son los gatos y que en cualquier momento igual que vino, se marchará. El gato de la vecina de mi madre desaparecía varios días seguidos y luego regresaba sucio y en los huesos. A veces volvía con alguna

herida de guerra. Se habrá peleado con otro macho, explicaba resignada la señora. Ahora que lo pienso, ignoro si es gato o gata. Tampoco sé si es mi gato. Puede que tenga otra casa. Pero sí estoy seguro de algo, si se trata de una hembra y cualquier noche regresa embarazada, me gustaría quedarme los cachorritos.